



Polifonías discordantes: sobre la significación de las micropolíticas en las prácticas artísticas y culturales

Juan Vicente Aliaga*

El concepto de micropolítica surge y se desarrolla en los años 60. Los textos de Foucault, Guattari y de Certeau entre otros, junto al impacto del feminismo y de los movimientos homosexuales y anticoloniales contribuyen a mirar la vida cotidiana desde una perspectiva política marcada por distintas concepciones del poder. Las prácticas artísticas recogen y amplifican la importancia de lo cotidiano y de las experiencias personales percibidas como heterodoxas. Micropolíticas, feminismo, sujeto

Empiezo con un título que remite directamente a la obra de Felix Guattari. Como se verá después la reflexión del autor de *Chaosmose* (1992), su último libro, se refiere a la aparición de un sinfín de problemáticas sociales que difieren de las formaciones políticas clásicas, estatales o de partido (que él conoció en carne propia), y que atienden a preocupaciones parciales, sectoriales (las de las luchas carcelarias, las de los colectivos homosexuales, las de las organizaciones de prostitutas...) en sintonía con la fragmentación de realidades diferenciadas del planeta. La contribución de Guattari, en consonancia con las teorías foucaultianas me siguen pareciendo apropiadas como herramienta de disección de la compleja red de situaciones del capitalismo global pues inciden en la subjetividad liberadora desde el conocimiento del componente psíquico heterodoxo.

Guattari se implicó políticamente en los sucesos de mayo de 19

8 y en la crítica a la guerra colonialista de Argelia y Vietnam, sin por ello renunciar a explorar el magma mental cuestionador de la normalidad y de la cotidianidad adocenadas. En gran parte el texto que sigue es deudor de las valiosas aportaciones de Guattari cuyas cavilaciones sobre la micropolítica, junto a las de otros/as autores/as, trataré de aplicar en el campo de las prácticas y de la creatividad artística.

En 1963 en un periodo en que Guattari formaba parte del grupo trotskista Voie Comuniste, Pinot-Gallizio, integrante del situacionismo, concibió y produjo un óleo sorprendente. En vez de realizar una pintura tachista o informal, en boga en aquellos años, garabateó sobre el lienzo como si de una pintada o consigna se tratara el texto "Abolition du travail aliéné". Con esta demanda utópica, que semejava un manifiesto,

Hélio Oiticica. *Homenagem a cara de cavalo*, 1965

* Juan Vicente Aliaga es profesor de la Facultad de Bellas Artes, Universidad Politécnica de Valencia. Autor de *Bajo vientre. Repre-sentaciones de la sexualidad en la cultura y el arte contemporáneos* (1997) y de *Arte y cuestiones de género* (2004). Comisario de exposiciones: Claude Cahun (Ivam, Valencia, 2001), Pepe Espaliu (MNCARS, Madrid, 2003), Hannah Höch (MNCARS, Madrid, 2004), Valie Export (Camden Arts Centre, Londres, 2004). Corresponsal de *Artforum*.

pretendía transmitir con contundencia, expresada mediante el empleo de una disciplina clásica y tradicional, un hastío existencial y sin duda también de orden político. Estamos ante un manifiesto contestatario cuyas ideas pocos años después serían recogidas en los planteamientos de Raoul Vaneigem plasmados en *Traité de savoir-vivre à l'usage des jeunes générations*, 1967, y en los de Henri Lefebvre, *La vie quotidienne dans le monde moderne*, 1968.

Trabajos y propuestas como la citada constituirían la antesala de un conjunto de manifestaciones sociales y culturales que se materializaron tanto en Europa como en Estados Unidos y también, de distinta manera, en América Latina.

El ideal utópico que albergaban gritos y consignas como “Sous les pavés, la plage” (Bajo los adoquines, la playa) y otros traducían aunque fuese de modo incipiente un profundo descontento y un anhelo por quebrar el modelo autoritario que se había asentado en los estamentos sociales, en los gobiernos, inclusive en aquellos que se denominaban democráticos (el caso alemán es paradigmático) y que hacían mella en las actitudes y en los comportamientos personales.

Así, pese a algunos signos elitistas, la universidad fue el epicentro de las protestas de los jóvenes metropolitanos que surcaron las calles de Italia, las de Alemania, Holanda y Francia, y también las de México. En este caso brutalmente reprimidas en la matanza de Tlatelolco. La violación de la autonomía universitaria que congregó a muchos estudiantes en la plaza de las Tres Culturas acabó con más de 400 muertos. El libro de Elena Poniatowska, *La noche de Tlatelolco* (1971) da buena fe de ello. Todavía hoy no se han depurado satisfactoriamente las responsabilidades políticas.

Toda una generación, savia nueva, harta del poder patriarcal, de los dogmas y del asfixiante ámbito familiar, amén del rechazo de la jerarquía de las estructuras universitarias, buscaba una sociedad más abierta y una revolución en las costumbres, en los hábitos cotidianos, es decir, se hacía hincapié en un rimero de reivindicaciones, algunas coherentes, otras más intuitivas, que abundaban en el día a día, en el vivir de lo personal y cotidiano. Esto es lo que han denominado a grandes rasgos *micropolítica* autores como Felix Guattari y Michel de Certeau y que está presente en los escritos de Michel Foucault, Gilles Deleuze y Guy Debord.

Una micropolítica que no suponía ignorar o excluir las luchas sociales de alcance global como la protesta contra la guerra de Vietnam. Era éste probablemente uno de los significados de la consigna “Pidamos lo imposible” que anegó las calles de París en mayo de 1968. Un imposible que era a la postre realizable, pues se saldó con la derrota de las tropas de la primera

potencia mundial lo que generó una crisis de conciencia en amplios segmentos de la población estadounidense. Y que suscitó la producción de representaciones críticas en el ámbito artístico (verbigracia en la serie de fotomontajes *Bringing the War Home*, de Martha Rosler, 1967-1972). En ésta, concretamente, la artista norteamericana abordaba el cuestionamiento de la guerra desde un prisma feminista, en particular llamando la atención sobre el lujo desmedido de algunas casas y residencias fotografiadas y reproducidas en revistas de la época. Las amas de casa y asistentes que trabajan en las mismas eran aparentemente ajenas al conflicto, de ahí que Rosler introdujera en ese espacio sosegado y pudiente la violencia de la tortura y la muerte.

El concepto de micropolítica tal y como lo argumentó Michel de Certeau en *L'invention du quotidien* (1980) trataba de dar importancia a las actividades lúdicas o de otro tipo que las personas llevan a cabo diariamente, conscientes de que tal ristra de actividades, conductas o comportamientos en el ámbito doméstico o en el espacio laboral o incluso en el tiempo vacacional están dotadas de sentido hasta el punto de que los valores éticos o su falta no sólo están presentes en dichas acciones sino que son de capital importancia.

Enlazando con lo anterior se puede afirmar que la exigencia de lo imposible equivalía asimismo a un abierto rechazo al autoritarismo patriarcal, y a las constricciones familiares, especialmente en el caso de las mujeres, y a una crítica al poder con mayúsculas, aunque la idea de Poder en su sentido jerárquico fue desmantelada por Foucault. No puede olvidarse que el espíritu del 68 tuvo consecuencias prácticas como la aprobación de la Ley de interrupción del embarazo en Francia, impulsada por Simone Weil en 1974 en un gobierno de derechas, por sorprendente que esto pudiera parecer.

Por otro lado, los valores imperantes del consumismo y la consiguiente alienación que ello producía, tan ácidamente desafiadas por Pier Paolo Pasolini, estaban en el punto de mira de una serie deshilachada de peticiones y reivindicaciones, demasiado dispersas entonces para hacer mella en la actitud reaccionaria de los gobiernos occidentales.

Conviene ser consciente de que la creciente tendencia a la uniformización en la sociedad capitalista occidental invisibiliza a la postre cualquier tentativa de un modo de vida diferente al hegemónico. Todo ello fomentado por el individualismo y el mercado mediante la puesta en circulación de productos y bienes de consumo, a veces innecesarios, y, lo que es más significativo, su influencia en conductas y comportamientos humanos estabulados. De estas cuestiones, y centrándose en la juventud italiana, trató Pasolini en sus artículos

periodísticos publicados con el nombre de *Scritti corsari* y *Lettere luterane*. El combate pasoliniano contra la homologación absoluta y la falta de diversidad iba acompañado de una crítica del adocenamiento de la vida pública y privada y de la corrupción de la clase política en el poder en clara connivencia con la mafia y la conocida logia P2. Aunque sea todavía motivo de especulación, pues la investigación sobre su asesinato por parte de la justicia fue harto chapucera, creo que se puede afirmar sin ambages que su honradez intelectual le costó la vida.

Uno de los objetivos de los dardos pasolinianos y de los lanzados por otros autores (verbigracia David Cooper en *La muerte de la familia*, 1971) apuntaba al sistema de la familia tradicional (otra apenas si era concebible entonces, aunque surgieron en ese momento las llamadas comunas) en la que, impuesta la jerarquía masculinista, ejerce el padre el poder merced al dominio físico, psicológico, económico, incluso espacial, sobre la madre y los hijos. La marginación de lo diferente impedía que cualquier atisbo de discrepancia produjese un conato de conflicto en la sacrosanta familia bendecida sin fisuras desde la Iglesia.

Las añejas normas patriarcales resultaban rígidas y a la postre ineficaces para un tejido social en el que tras la implantación de la píldora se empezaba a separar matrimonio, amor heterosexual y sexo. La publicación del texto de la feminista Anne Koedt, *The Myth of Vaginal Orgasm*, 1970 supuso asimismo una furibunda y merecida crítica al pensamiento freudiano que concebía la sexualidad para beneficio masculino.

Los varones tienen orgasmos básicamente al frotarse con la vagina no en la zona clitoridiana que es externa y no es estimulada con la simple penetración. Las mujeres han sido definidas sexualmente en términos de lo que gusta a los hombres. Nuestra propia biología no ha sido analizada adecuadamente. Al contrario se nos alimenta con mitos sobre la mujer liberada y el orgasmo vaginal, un orgasmo que de hecho no existe.

Quien crea que estas palabras se limitan a describir una geografía del cuerpo de la mujer (que no sería en sí misma poca cosa) se equivocan pues acarrear importantes consecuencias. Por un lado, rompen el mito de que la sexualidad heterosexual en las mujeres es interna, lo que justificaría la preeminencia del coito, y por otro, da a entender la autonomía sexual de la mujer quien no necesita de la penetración para gozar de su cuerpo pues se satisface mediante la estimulación clitoridiana. Basta con ver el corto de Valie Export, *Mann & Frau & Animal* (1970-73), en la que la artista se masturba en la bañera con un chorro de agua. Esta pieza levantó ronchas en su momento en Austria entre mojigatos y pudibundos y resulta significativa en lo que tiene de síntoma para

comprender la trascendencia de la reivindicación de la autonomía sexual de la mujer que pasa por los placeres clitoridianos.

Los textos de Guattari y Deleuze, incluidos en el *Antiedipo*, 1972, supusieron y generaron también algunos cuestionamientos respecto del ortodoxo pensamiento psicoanalítico clásico.

Por otro lado, y fruto de la sociedad consumista y del proceso de industrialización capitalista, en esos años se había afianzado el culto a la productividad y a la rentabilidad, procedentes del pensamiento lógico-céntrico que ya cuestionase Georges Bataille en sus escritos sobre el concepto de *dépense* (gasto). Visto con el tiempo y la distancia algunos aspectos de su obra pueden ser revisables e incluso criticables pero en su momento suscitó defensas apasionadas en quienes buscaban en cierta sexualidad extrema una experiencia de los límites, sobre todo en lo tocante a *Histoire de l'oeil*.

No es extraño, por tanto que Bataille y también Antonin Artaud estuviesen en boca de algunos teóricos de la época en los 70 (Philippe Sollers, Pierre Guyotat, Julia Kristeva), que contribuyeron a fraguar nuevas formas de pensar y de sentir. En este orden de cosas la propia experiencia vital de Artaud es capital por huir en su comportamiento de los rigores de la lógica científica al ser considerado por parte del estamento médico como loco y esquizofrénico. Artaud se vio perseguido por la policía, la familia y la clase médica que quiso hacer de su cuerpo un espacio sometido a pruebas y controles, incluidos los electrochoques, como los que padeció en la clínica de Rodez, y que mandó aplicar sin mayores escrúpulos, Gaston Ferdière. Los dibujos torturados de Artaud traduce el dolor físico y el desgarró psicológico por los que pasó el autor de *Pour en finir avec le jugement de Dieu*.

En los 60 y 70 surgen nuevos modos, en los que se incluían los de la antipsiquiatría que pedía la plena inserción social del enfermo mental mediante la destrucción del manicomio y el cambio en la cultura que establece divisorias entre lo considerado normal y lo patológico.

Entre los nuevos brotes de pensamiento se contaba también en el campo de la antipsiquiatría con la obra de David Cooper, autor de *La muerte de la familia* (1971) quien lanzó sus pullas contra la pareja monógama y el autoritarismo patriarcal, y la de Franco Basaglia (precursor del movimiento de reforma psiquiátrica llamado Psiquiatría Democrática), que postulaba una interpretación radical de la locura. La plena inserción del enfermo mental en la sociedad era la meta de la antipsiquiatría, una forma tal vez demasiado idealizada de un mundo feliz, de una *wirkende utopie*.

En este orden de cosas conviene mencionar la importancia de un estudio pionero de Georges Canguilhem, *Le normal et le pathologique*,

1966, en el que señala a la cultura como estructura mental y social que establece la separación entre lo considerado normal y lo tildado de enfermo. Conocedor de este texto, Michel Foucault, elaboró otras formas de reflexión, sin privarse de apuntar a la responsabilidad social del orden institucional: la fábrica, la cárcel, la escuela, el asilo, el cuartel, el hospital. Todos ellos estamentos que de forma distinta simbolizaban de algún modo el autoritarismo combatido por el segmento juvenil más contestatario, que vio parcialmente algunas de sus reivindicaciones en las experiencias docentes de la Université de Vincennes (1969-1980) en las que participaron Deleuze, Lyotard, entre otros.

El autor de *Surveiller et punir* (Vigilar y castigar) desempeñaría un papel capital en la definición práctica, en la concreción social de las micropolíticas. Tras años de erudición libresca como investigador, Foucault se zambulló en el estudio de las realidades sectoriales, locales, parciales, haciendo de lo minoritario la fuente de una nueva concepción de la existencia ajena a las normas reglamentadas. El suyo era un objetivo filosófico, immanente y contingente en el que lo pequeño y lo cotidiano no quedara sepultado bajo la política en mayúsculas y las razones de estado. Sin duda lo pudo materializar con la creación del Groupe d'Information sur les prisons (GIP) en 1971. Un colectivo o fraguado en París en colaboración con J.M. Domenach y Pierre Vidal-Naquet y que surgió a raíz de las huelgas de hambre que protagonizó un colectivo de estudiantes izquierdistas encarcelados.

Así, en su praxis de la micropolítica no había contradicción alguna en dar su apoyo a la causa palestina, una de las problemáticas irresueltas de mayor impacto y transcendencia mundial todavía hoy, o en estudiar las normas que oprimen a los llamados *anormales* (desequilibrados, desviados sexuales, asociales).

Los anormales que interesaron a Foucault y sobre los que disertó en sus cursos del Collège de France (en particular en 1974-1975) constituyen una gran familia: el monstruo humano, figura jurídico-médica, que combina lo imposible y lo interdicto, es decir, el ser contra-natura. En segundo lugar, está el incorregible que no se deja someter por los castigos y escarmientos, y finalmente, la figura del onanista, es decir el sujeto que goza del sexo por sí mismo sin afán reproductor y que derrama la preciada semilla en función del puro goce. Viene a cuento de lo que precede el happening orquestado en París por Jean-Jacques Lebel en 1966, *120 minutes sur le divin Marquis*, que posibilitó, entre otras transgresiones, que se hablase de temas tabú como el hermafroditismo y la transexualidad gracias a la participación de una mujer trans llamada Cynthia en este happening.

Los ámbitos que abrazan y cruzan el pensamiento y la práctica política de Foucault no son incompatibles. De la misma manera tampoco puede extrañar que tanto él como Deleuze y Guattari fueran algunos de los firmantes de la publicación francesa *Recherches* nº 12 con el título de *Trois milliards de pervers. Grande Encyclopédie des Homosexualités* (Tres mil millones de perversos) que causó furor en 1973 y que incluía audaces textos sobre la pedofilia, impensables ahora. Pienso en Émile perverti (1974) de René Scherer y en *Le bon sexe* ilustré (1974), Tony Duvert. Los dos últimos textos resultan impensables en un contexto socio-político como el actual, en 2006, que ha hecho desde hace años de la pedofilia un asunto abominable.

De ese modo, trabajar en distintos frentes podría ayudar a moldear una nueva conciencia y propiciar un nuevo sujeto, y para ello era preciso no cerrar los ojos a todo tipo de realidades antaño consideradas sórdidas o marginales, con toda la carga moralista que ello conlleva. De esas realidades habló Felix Guattari en términos de *polifonía discordante*:

Todo lo que eran formaciones políticas y sociales y sindicales en la época de Sartre se han desmoronado. Él partía de esas coordenadas sociales y de ahí sus implicaciones con el partido comunista. En la época de Michel Foucault lo que aparece de pronto son problemáticas en todos los niveles de lo social: en el plano de la educación, en las cárceles, en la psiquiatría, acerca de la homosexualidad, de la prostitución. Esta problemática es irreversible a pesar de la capa de plomo, a pesar de los años invernales por los que pasamos. Pero notamos que hay una micropolítica, un nivel microsocioal que es el lugar en el que operan y se reinician las prácticas sociales (...) Todo ello no significa que no existan las formaciones de poder, las formaciones estatales en el seno de las que se debate. Estamos presos en una especie de polifonía discordante entre líneas muy contradictorias.¹

Tanto Guattari como Foucault podrían sintonizar sobre el papel con la tradición francesa del republicanismo universalista, pese a las múltiples rupturas que sus respectivos pensamientos suponen frente a la ortodoxia. En particular por defender la micropolítica, aunque nunca lo hicieron desde un sesgo identitario o cerrado. Con ello intento decir que detrás de la filosofía republicana y laica, con todas sus virtudes, se escondía asimismo un centralismo piramidal, jerárquico que descansaba sobre la base de un país con una sola lengua que ha hecho lo indecible por eclipsar cualquier conato de autonomía lingüística y que había abogado por la centralización y la uniformidad. Con dichas premisas las reivindicaciones de las minorías no se dejaban apenas sentir y ello a

1 Felix Guattari, *La philosophie est essentielle à l'existence humaine*. Entretien avec Antoine Spire, París. Éditions de l'aube, 2001, p. 30.

pesar de que en suelo francés convivían sectores procedentes de la colonización gala de zonas tan distintas como la Martinica (véase *Le discours antillais*, de Edouard Glissant, 1981), o Argelia (este país se independizó en 1962) como bien supieron ver los intelectuales (Robert Antelme, Maurice Blanchot, Marguerite Duras, Alain Resnais, Natalie Sarraute...), que firmaron el *Manifeste des 121* alentando la insumisión en la guerra de Argelia. La mal resuelta relación con las antiguas colonias, y el poco acomodo o integración de las nuevas generaciones de franceses de origen magrebí o subsahariano, sin papeles en muchos casos, ha generado con el tiempo la aparición de movimientos políticos racistas de extrema derecha. Y, entre otros fenómenos los disturbios de las *banlieues*, en 2005, consecuencia en parte al alejamiento del centro de poblaciones de inmigrantes a la desvalida periferia parisina, una política segregadora y de limpieza étnica iniciada por Giscard y Chirac. Los textos de Frantz Fanon (*Piel negra, máscaras blancas*, 1952, y *Los condenados de la tierra*, 1961, año de su muerte) son harto elocuentes al respecto por lo que tienen de premonitorios de una materia espinosa: las secuelas del colonialismo.

La ley republicana reza lo siguiente: toda persona, todo individuo es igual ante la ley. Hasta aquí nada que objetar si no fuese porque la realidad no encaja bien con los ideales de las leyes y su cumplimiento deja bastante que desear. De hecho en su aplicación no es lo mismo ser francés blanco de *souche* que *pied-noir* o argelino con pasaporte francés, y menos todavía lo era en los años 70.

El supuesto universalismo igualitario al que apela el republicanismo galo podría parecer envidiable de no ser por que ha podido servir para aherrar a la ciudadanía de un país que en la práctica ya no es monolítico en una unifomización o corsé pensado en realidad para el varón blanco, heterosexual y sus costumbres, reglas y hábitos de vida. Francia es hoy un territorio plural en el que conviven, en ocasiones con dificultad, etnias distintas, concepciones religiosas diferentes (judíos, musulmanes, católicos, protestantes...), formas de ver el mundo heteróclitas que a veces enarbolan la bandera identitaria o comunitaria, aunque no siempre con los mismos postulados.

El concepto de identidad ha servido en distintos periodos de la historia para proteger a los miembros de una comunidad que se sentía en desventaja o que era arrastrada a la ignominia y a la exclusión. Bien es cierto que el fortalecimiento de lo identitario que existe contra lo hegemónico ha podido generar cerrazones mentales y cierto espíritu de gueto o autosegregación pero no debe olvidarse que si las prácticas discriminatorias de las mayorías (sean sexuales, de etnia, de poder

económico) no se manifestasen como opresoras, que lo son, probablemente los comportamientos percibidos como hostiles de algunas comunidades minoritarias se desactivarían a favor de una mayor porosidad y mestizaje.

Dicho esto es comprensible el aparato teórico desplegado por Guattari y Foucault, aunque en discursos paralelos y por separado, que enuncian que cada vez que uno se fija como objetivo una identidad, se pierde algo esencial que es el devenir. De alguna manera se desprende que es el cambio el motor del proceso de subjetivización y que en todo comportamiento humano hay cierta provisionalidad. Así, centrándose en el ámbito de la sexualidad afirma Foucault:

Si la identidad sólo es un juego, si sólo es un procedimiento para favorecer relaciones, relaciones sociales y relaciones de placer sexual que crearán nuevas amistades, entonces es útil. Pero si la identidad se convierte en el problema mayor de la existencia sexual, si la gente piensa que debe “desvelar” su “identidad propia” y que esta identidad debe convertirse en la ley, en el principio, en el código de su existencia; si la pregunta que se plantea continuamente es: ¿esto es conforme a mi identidad?, entonces creo que se trataría de un retorno a una suerte de ética próxima de la virilidad heterosexual tradicional.²

Paradójicamente estas reflexiones del último Foucault, que vincula heterosexualidad con ley simbólica inamovible, se produjeron en unos años en los que la homofobia creció hasta niveles insospechados en Estados Unidos y en el mundo occidental en general. En esos años se culpó a la población gay del contagio del SIDA, lo que supuso – y ello es un buen ejemplo de resistencia política – un afianzamiento de las comunidades de gays y lesbianas constantemente agredidas por la derecha cristiana.

La cuestión estriba en si se puede renunciar a un concepto de la identidad esencial y apostar en cambio por puntuales identidades provisionales en función de metas, estrategias o intereses a resolver, que se disolverían una vez logradas como es el caso de las luchas sectoriales, micropolíticas que defendía el autor de *El nacimiento de la clínica*.

Dicho esto, y por abundar en paradojas, no deja de resultar curioso que sea en plena movilización de los derechos de las minorías raciales, los movimientos feministas y los de liberación gay (Deleuze decía admirar la heterodoxia vivencial del Front Homosexuel d'Action Révolutionnaire, FHAR), es decir, en las décadas de los 60 y 70, que requirieron una carga identitaria de relieve, cuando brotan las teorías de Guattari y Foucault. ¿Previeron estos pensadores los errores y el dogmatismo en que incurrió la lucha social de los mencionados sectores en años

2 Michel Foucault, *The Advocate*, 1984.

posteriores? ¿Es posible enlazar sus teorías con las aportaciones de la teoría *queer* avanzada por Judith Butler en *Gender Trouble. Feminism and the Subversion of Identity*, 1990? Hay indudablemente puntos en común. Algunos tienen como nexo el estudio de la constitución del sujeto erizado de problemas, conflictos y dificultades.

Uno de los pioneros de la *queer theory*, Michael Warner lo plantea en los siguientes términos:

Ser plenamente normal es, estrictamente hablando, imposible. Cada uno se desvía de la norma de alguna manera. Incluso si uno pertenece a una mayoría estadística en razón de un grupo de edad, raza, altura, peso, frecuencia de orgasmos, sexo, contactos sexuales y nivel de ingresos, simplemente debido a esta combinación improbable de normalidades el perfil de cada uno se separa de la norma.³

Tras la exposición de algunos de los aspectos que configuran el panorama político, social y teórico en que emerge el concepto de lo micropolítico me centraré a continuación en algunas vicisitudes del proyecto que con el título de Micropolíticas. Arte y cotidianidad tuvo lugar en el Espai d'Art Contemporani de Castelló (España) en 2003. Se trata de una exposición que se orquestó en torno a un solo concepto pero que por razones prácticas se dividió en tres segmentos (el primero abarcaba 2001-1989; el segundo 1989-1980; y el último 1980-1968). En realidad se trataba de un mismo flujo de ideas con una base integradora en la que se abraza un lapso de tiempo que empieza en 2001 y concluye en 1968 como fechas faro, a sabiendas de que el corte temporal pueda ser tal vez demasiado drástico. Nos movía a los comisarios⁴ el propósito de empezar por manifestaciones más recientes y próximas en el tiempo y la necesidad imperiosa de ir hacia atrás en pos de las genealogías y las raíces que permitieran reconocer la vigencia del concepto de micropolítica.

Si bien las fechas son aproximativas, y en algunos casos se pueden encontrar propuestas artísticas que sobrepasan o exceden los años-mojón, no son en absoluto gratuitas, pues están revestidas de carga semántica y simbólica.

2001 pasará seguramente a la historia por una fecha fatídica, el 11 de septiembre y los ataques terroristas de Al Qaeda a las torres gemelas de Nueva York. Asimismo, es también una fecha clave que señala el reforzamiento perfectamente constatable hoy, pues no faltan pruebas, de lo que se ha denominado la *dérive sécuritaire*, es decir, la obsesión desmedida de los estados y gobiernos y demás administraciones por el control y la vigilancia a gran escala, y la subsiguiente pérdida de libertad del ciudadano, siempre sospechoso de delito. De ello hemos visto nefastas

3 Michael Warner, *The Trouble with Normal. Sex, Politics, and the Ethics of Queer Life*, Nueva York, The Free Press, 1999.

4 Además de quien esto firma, María de Corral y José Miguel G. Cortés.

consecuencias en Guantánamo, en Abu Ghraib, en Bagram. En ese orden de cosas, se ha podido comprobar que la interesada confusión acerca del terrorismo ha avalado la política bélica del gobierno de Estados Unidos y sus aliados (Blair, Aznar) en Irak, con el consiguiente desastre en víctimas y en la destrucción del país. Además de avivar el odio entre comunidades y países.

1989 alude obviamente a la caída del muro de Berlín que separaba dos partes de una ciudad dividida por formas de vida y por barreras psicológicas y políticas. Es también, símbolo de los cambios que introdujo la *perestroika* y la *glassnot* en la Unión Soviética. Si bien al principio la pérdida de poder y control de este país gigantesco generará la independencia de las repúblicas bálticas y de algunas regiones asiáticas que se acercarán a la órbita de influencia norteamericana, los años traerán una política autoritaria bajo el mando de Yeltsin y de Putin (especialmente virulento en su caso), y asimismo el recrudecimiento represivo de las tropas rusas contra los independentistas chechenos.

1980 es el año en que sube al poder el republicano Ronald Reagan, fallecido en 2004 y bendecido ahora en su país incluso por los demócratas en sus exequias. ¿Paradojas incomprensibles de la falta de memoria o amnesia interesada? Un año antes Margaret Thatcher obtiene la mayoría en las elecciones y comienza una política beligerante, autoritaria y reaccionaria. Bajos ambos mandatos se produce la crisis del Sida y se empieza a construir la arquitectura del odio, es decir, la demonización de la libertad sexual agudizada por la galopante homofobia de Juan Pablo II que prosigue hoy bajo el mandato de Benedicto XVI. Son años de retraimiento y de miedo generados por la demonización de las prostitutas, de la población gay, del colectivo negro, y de todo/a aquel y aquella cuyo estilo de vida incumpliese la moral férrea e hipócrita de la mayoría religiosa basada en la familia convencional, que algunos consideran ya obsoleta.

Por último, 1968. Se trata de una fecha probablemente demasiado ensalzada y mitificada, sin embargo sirve para concentrar en torno a la misma el cuestionamiento del autoritarismo y de la figura del patriarca y el policía, entre otros símbolos represivos. Es el año en que es asesinado Martín Luther King, símbolo de la igualdad racial. Además, en fechas previas y sucesivas empieza a cobrar cuerpo el movimiento feminista especialmente en Estados Unidos pero también en Europa planteando la necesaria politización del ámbito personal, de la privacidad, de la cotidianidad. Así, y como plantearon las artistas que realizaron performances feministas en la Womanhouse de Los Ángeles en 1972, a iniciativa de Myriam Shapiro y Judy Chicago, fregar platos, barrer, limpiar, cuidar de los niños no son actos

naturales que desempeñan las mujeres sino actividades que están sujetas a una determinada concepción de género que aherroja al colectivo femenino. Lo personal es político, no hay duda.

Como proponía Kate Millet, autora del influyente *Política sexual* (1970): “El sexo reviste un carácter político que, las más de las veces, suele pasar desapercibido”.⁵ Hay que recordar que la revista *Time*, para desprestigiar y ensuciar al feminismo sacó a relucir la bisexualidad de Kate Millett como si se quisiera afirmar que la malignidad del discurso feminista estribaba en lo que *Time* consideraba una prueba de *desviación sexual*. ¿Era esto una respuesta machista y heterosexista al hecho de que Millett hubiese arremetido contra los prejuicios viriles de autores como los gurús de la literatura oficial que respondían al nombre de Henry Miller, Norman Mailer, D.H. Lawrence?

La reacción de la familia de K. Millet no se hizo esperar haciéndola recluir en un sanatorio psiquiátrico. El orden reglamentado volvía a imponerse en el núcleo familiar. En ese sentido, y con la distancia que ofrece el paso de los años, se acrecienta la relevancia capital del feminismo y su discurso igualitario, lo cual no conlleva obviar posibles críticas a algunas políticas feministas concretas. Feminismos hay muchos y variados y no siempre coinciden en la praxis.

Las prácticas artísticas que se incluyeron en *Micropolíticas* trataban de bucear en esa línea tenue que va de la proclamación de determinados valores sociales a su plasmación en la intimidad y la privacidad cotidianas, y en los consiguientes lazos que establecemos con los demás. Lo vemos, verbigracia, en el nomadismo creativo como estilo de vida opuesto al sedentarismo estancado (Andrea Zittel, Atelier van Lieshout), en las relaciones a salto de mata, sin ataduras ni contratos matrimoniales (Nan Goldin, Yayoi Kusama), en la búsqueda de otras formas de comunicación distintas a las que marca el mercado y el consumo (Hélio Oiticica), en la experimentación de drogas y sus distintas consecuencias (Larry Clark, Hélio Oiticica) en las nuevas configuraciones o hábitats de lo cotidiano (Isidoro Valcárcel Medina), en el cuestionamiento del control social, disciplinario, vigilante (Ann-Sofi Sidé), en la libre creación de acontecimientos, en la supuesta ilógica del discurrir del sujeto (Eija-Liisa Ahtila).

La micropolítica se infiltra tanto en los meandros de la psique (Gina Pane) como en las constricciones sociales de determinadas imágenes sexistas de la mujer (Cindy Sherman), sin dejar de lado el grito reivindicativo de lo personal hecho público (activismo feminista de las Guerrilla Girls, activismo sobre el Sida de Pepe Espaliú y del colectivo Gran Fury). Y ello sin desatender, como es debido, al influyente entorno social, macropolítico en que resuenan también las realidades humanas como polifonías discordantes.

⁵ Kate Millett, *Sexual Politics*, 1970. Traducido como *Política sexual*, Madrid, Cátedra, 1995.